

PRESENTACIÓN: LA IMAGEN DEL MUSULMÁN EN EUROPA, NUEVAS APORTACIONES

*Borja Franco Llopis**

Uno de los aspectos que más está interesando a la reciente historiografía es conocer cómo se gestó la imagen del islam en el mundo cristiano antes de la llegada del orientalismo¹. Investigadores de diversas disciplinas han analizado, por una parte, qué mecanismos existieron para la estereotipación del “otro”, fuera turco, musulmán del norte de África o cristiano nuevo de moro (morisco). Y, por otra, ver qué nos dice este proceso sobre los que la crearon (los ideólogos) y su público objetivo (la sociedad europea premoderna). Es decir, aquello que está interesando es conocer qué implicaciones políticas y religiosas estuvieron detrás de la creación de un “enemigo útil” (aliado en ciertos momentos concretos, como en la conquista de Túnez) y cómo fue esta ideología consumida y difundida por los perceptores de las obras comisionadas por el poder citado anteriormente, fuera a través de textos literarios o material gráfico.

Las principales conclusiones arrojan una multiplicidad de factores que condicionaron la creación de diversas imágenes no estáticas, sino multifacéticas y cambiantes. La ansiedad frente al enemigo, su conocimiento o las contradicciones que podría suponer que una vez el musulmán fuera aliado o vecino y otras antagonista y peligroso son aspectos que fueron matizando y permitiendo una mutabilidad de su imagen y percepción. Partiendo de esta diatriba, en el presente número monográfico se han recogido diversas aportaciones que lo que intentan es mostrar las particularidades de este proceso. En la selección de los temas y de los autores se ha procurado atender a criterios geográficos, disci-

* UNED, Madrid.

1. Dentro de esta corriente se encuentra la labor del grupo de investigación: HAR2016-80354-P: “Antes del orientalismo: Las imágenes del musulmán en la Península Ibérica (siglos XV-XVII) y sus conexiones mediterráneas” (IP: Borja Franco), compuesto por los profesores Luis Bernabé, José María Perceval, Iván Rega, Youssef El Alaoui, Laura Stagno, Ivana Capeta y Giuseppe Capriotti. Los citados investigadores han estado detrás de la selección y evaluación de los textos que conforman el presente monográfico.

plinares y temáticos a fin de crear un abanico lo suficientemente grande como para que sea representativo de los problemas metodológicos que se están planteando actualmente los estudiosos de la materia. El turco, el moro y el morisco serán tomados como objetos de estudio no solo para conocer la admiración hacia sus costumbres, así como su rechazo –algo que plantearía una visión demasiado plana y dicotómica del problema–, sino como elementos constitutivos también de la identidad europea, pues justamente a través del enfrentamiento o confrontación cultural fueron emergiendo unos valores universales que pulularon por las ideologías de los habitantes del viejo continente.

Nuestro periplo se inicia, como no podía ser de otro modo, con las conocidas narraciones de los viajes a Turquía. Las inquietudes de los individuos que emprendieron dichas aventuras fueron muy distintas: explorar territorios alejados, conocer lugares vinculados con la historia del cristianismo, saciar su curiosidad antropológica o, también, en muchos casos, fueron llevados por un fin estratégico, para conocer los principales enclaves de los enemigos y, con ello, tener más herramientas para luchar contra él. No olvidemos, por ejemplo, la cantidad de *topografías* y obras sobre el islam que poseía Felipe II en su biblioteca, algo que no debe achacarse, simplemente, a una curiosidad individual ante lo lejano o su supuesta fascinación ante ciertas facetas del mundo musulmán, sino a un claro interés estratégico. Dentro de este marco, Roumier intenta reconstruir los contactos interreligiosos que se muestran en la literatura periegrética y cómo todo ello llevó a la creación de una imagen estereotípica pero mutable, como se comentó con anterioridad, que condicionó la percepción del otro. Una ideología que influyó en cómo enfrentarse a aquellos musulmanes que poblaban los territorios peninsulares y que, en muchos casos, permitió un renacimiento de los ideales de cruzada frente al infiel.

Estas ideas sirvieron, a su vez, para configurar la propia identidad de los cristianos. Así lo demuestra Kern en un estudio detallado de la sociedad castellana del siglo XV. A través de distintos textos, su intención es reconstruir cómo las diversas imágenes creadas sobre el musulmán fueron siendo utilizadas como herramienta de autodefinición, siguiendo las teorías que desarrollara Barkai sobre la “imagen en el espejo”. La identidad hispánica es inconcebible sin un conocimiento de su pasado islámico pero, sobre todo, de cómo este y su presente político sirvieron para crear un sentimiento patriótico-religioso frente a ese otro con el que coexistía y frente al que luchaba en las conquistas del sur peninsular y a través de las guerras en el Mediterráneo.

La mutabilidad de conceptos y la dificultad de crear estándares de percepción de la alteridad puede encontrarse en cómo el Gran Capitán gestionó Granada tras la conquista. La necesidad de combinar represión con concesiones políticas y religiosas a los mudéjares que permanecieron en la antigua capital nazarí, así como a los nuevamente convertidos, los moriscos, fueron una constante en su política. El texto de Hernández Castelló analiza de modo muy inteligente las distintas políticas que Íñigo López de Mendoza siguió hasta su muerte en 1515 con el fin

de reconducir la vida de una sociedad granadina pluricultural con constantes conflictos y fricciones tras las conversiones forzosas de principio de siglo. En su texto se aprecia perfectamente las tensiones exógenas y endógenas que condicionaron la imagen de la alteridad en los inicios del reinado de Carlos V.

La imagen del morisco (y de “lo morisco”) será también analizada desde una perspectiva literaria gracias a los estudios de Infante y de Celli. A través de los textos de Mariana de Carvajal, por una parte, y la recuperación de la figura de Agar para mostrar la traición de los nuevamente convertidos, se muestran dos caras de una misma moneda. El primero de los casos denota cierto mantenimiento de la narrativa maurofílica durante el siglo XVII, que ve con ojos tristes la situación de los moriscos, cómo fueron subyugados y privados de ciertas libertades. Y, por el otro, la coexistencia de este sentimiento con el crecimiento de una maurofobia que nació, principalmente tras la contienda alpujarreña de 1568, pero que tuvo su auge tras la expulsión morisca entre 1609 y 1614. La necesidad de justificar la decisión tomada por Felipe III llevó a los intelectuales contrarios al islam a utilizar los textos bíblicos como elemento clave, emparentando la figura de los moriscos con ciertos modos de conducta reprobables que denunciaron los textos canónicos.

Estos sentimientos encontrados también los encontramos en la cultura festiva, tal y como demuestran los estudios de Granell e Irigoyen. A través de las fiestas se puede reconstruir la creación de una imagen de la alteridad mucho más cercana a la población, aquella que participó activamente en las mismas. Tradicionalmente los historiadores se habían centrado en una serie de textos y en un número reducido de imágenes (principalmente las de Santiago Matamoros) para reducir a un enfrentamiento bipolar las relaciones entre cristianos viejos, musulmanes y moriscos. El bien frente al mal, la virtud frente al pecado. El modo en que fue mutando la percepción del otro en las fiestas nos puede ayudar a reconstruir las fronteras permeables de sociabilidad en el mundo medieval y moderno. El conocimiento de los espacios de ocio, el uso compartido de indumentaria o el mantenimiento de elementos de la tradición islámica como los juegos de cañas o el montar a la jineta pueden abrir, como así lo están haciendo en el último lustro, un campo de estudio mucho más amplio que permite romper esquemas preconcebidos de comportamiento y enriquecer la comprensión de los mecanismos de percepción de la alteridad.

Con este viaje por el Mediterráneo se ha intentado responder a la necesidad historiográfica de repensar la percepción del musulmán, de reescribir la historia de las relaciones entre cristianismo e islam a través no solo de las fuentes medievales y modernas, sino también de cómo la historiografía las ha ido utilizando en su provecho durante siglos. Con la lectura de estos textos podemos ratificar las palabras con las que iniciábamos la presente introducción: la imagen del musulmán fue mutable y multifacética. Nuestra labor como historiadores será, pues, analizar los estereotipos que hemos heredado al respecto y reconsiderarlos a la luz de nuevas metodologías y modos de mirar al pasado.